

El arroyo animal

Jolx

Belbú había matado a aquella niña. La piedra había salido disparada desde su mano y había volado por el aire hasta impactar en su cabeza... La niña había caído ipso facto, como un plomo... seguramente con una inmensa hendidura en el cráneo.

Los dos niños se quedaron como estatuas...

—¿De... de dónde ha salido esa niña? ¡Lufer...! —exclamó Belbú completamente alterado.

Lufer no sabía qué responder...

—No... no lo sé... —fue lo único que supo decirle.

Los dos niños habían salido a jugar al campo. Habían estado merodeando por los caminos buscando algo en lo que divertirse, y habían llegado hasta un puente de piedra, formado por un único arco, que cruzaba sobre un arroyo casi seco... una cuenca yerma, de aguas estancadas, repleta de grandes piedras ovaladas y de agonizantes plantas acuáticas sometidas al incesante azote de los rayos solares.

Era aquel un mundo extraño, de reflejos verdes y amarillentos, en donde se podía respirar la vida. Pero era una vida que parecía encontrarse en un profundo estado de coma. A la espera del momento preciso en que la madre naturaleza hubiese previsto, en su reloj biológico, su despertar. No había movimiento en aquel paisaje. De vez en cuando sólo se escuchaba el zambullirse de algún ser vivo, rompiendo el profundo silencio de las aguas verdosas. Después... sólo la calma; el canto de los pájaros y el crujido de los árboles.

—Tiremos piedras desde aquí arriba... —era lo que había propuesto Lufer. Y acto seguido se había agachado, había cogido un canto grueso del suelo, se había aproximado al borde del puente, y lo había arrojado con todas sus fuerzas al arroyo.

Belbú le había seguido el juego y, tomando también él una piedra, la había lanzado por encima de la baranda del puente, muy impetuosamente. La piedra había caído en algún lugar sobre el lecho del arroyo y se había hundido en una pequeña balsa de agua. La perturbación había interrumpido el

descanso de las aguas estancadas, que ahora palpitaban con fuerza, describiendo círculos como si tratasen de alejarse del impacto.

A continuación se había adjudicado el turno de nuevo a Lufer. Se había tomado un tiempo en buscar una buena piedra; y al fin había encontrado una, negra y plana, con los cantos angulosos y afilados, como si estuviesen tallados; y la había lanzado sobre el arroyo con un fuerte golpe de su brazo. La piedra había salido disparada girando en el aire, y había recorrido un buena distancia hasta cortar el agua violentamente, como el filo de un cuchillo.

La piedra de Lufer había llegado muy lejos, hasta una gran poza de agua verdosa situada a unos cincuenta metros de distancia.

Belbú se había sentido retado a intentar igualar la proeza y buscando también él una piedra adecuada, había tomado en su mano una algo más grande y con los bordes redondeados.

—Ésta parece un buen proyectil —había dicho, y acto seguido la había arrojado con fuerza. La piedra había impactado furiosamente contra el arroyo, haciendo que el agua brotase del suelo salvajemente en el punto donde había caído; y había rebotado varias veces hasta ir también a parar a la poza de agua verdosa.

El agua había colmado la poza por varios lugares y se había esparcido serpenteante.

—¡Hurra! —exclamó.

Junto a él, Lufer ya había cogido una roca dura y bastante voluminosa; y echando todo el cuerpo hacia atrás, la había lanzado hacia el cielo con crudeza, haciéndola subir muy alto, para luego caer como un obús sobre la poza; provocando una gran salpicadura de agua que se elevó a más de un metro.

—¡Ja, ja, ja! —rieron los dos. Los dos se encontraban exultantes. Y Belbú había pensado que la cosa aún podía ser más divertida...

—Ahora verás —había dicho, sin dar apenas un segundo de tregua a la diversión, y se había puesto a buscar una nueva piedra que arrojar al arroyo.

Había estado un tiempo dando vueltas por el puente, con la mirada fija en el suelo, mientras Lufer le había observado entre risas. Y al fin se había decidido por un canto rodado de gran tamaño.

Al cogerlo había pensado que tal vez era demasiado pesado para él; pero ya no había vuelta atrás, iba a llegar a la poza aunque tuviese que gastar todas sus energías...

Tomando una pequeña carrerilla, llegó hasta la baranda del puente y arrojó la piedra hacia arriba; con gran fuerza.

Y justo medio segundo después vieron a la niña.

La niña estaba de pie al borde de la poza. No debía medir mucho más de un metro de estatura, y permanecía de espaldas a los dos muchachos, estática como un tronco de árbol, como si estuviese entregando su cuerpo a la piedra que iba volando por el aire en dirección a su cabeza.

Belbú creía estar viendo una ilusión. Creía que sus ojos le estaban mintiendo. Y durante un corto intervalo de tiempo no fue capaz de darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Hasta que, finalmente, de su boca salió un gemido de horror...

Lufer, a su lado, sólo fue capaz de contener la respiración... de echarse las manos a la cabeza, y ver con impotencia como la piedra impactaba sobre la cabeza de la niña, y acto seguido ésta quedaba tendida en el suelo, como un fante; moribunda junto a la poza...

Cuando Lufer consiguió reaccionar, dijo:

—La has matado... —fue algo así como una pregunta mal entonada, pero Belbú lo entendió como una afirmación.

—Ya lo sé... —dijo. Estaba temblando de horror...

Lufer quiso decir algo que pudiera consolar a su amigo. Pero se dio cuenta de que le era imposible.

—¡No la vimos cuando tú tiraste la piedra!, ¿de... de dónde demonios salió? —dijo Belbú. Y Lufer se dio cuenta de que se lo preguntaba con lágrimas en los ojos. Y él tampoco pudo reprimirlas.

Los dos niños eran una procesión de nervios y lágrimas.

Pasado un tiempo Lufer dijo:

—Bajemos a buscar el cuerpo, quizá aún respire...

—¿Y si no...?

Belbú esperó la respuesta de su amigo...

Lufer giró la cabeza y le miró firmemente a los ojos, y luego los volvió a bajar.

—Si no... esconderemos el cuerpo en algún lado y no diremos nada... a nadie.

Fue la primera cosa que consoló un poco a Belbú.

Los dos habían logrado contener las lágrimas y permanecieron mirando hacia el arroyo por un tiempo.

El cuerpo de la niña yacía junto a la poza; tumbado de costado y retorcido como una gran rama de árbol que hubiese sido arrastrada y depositada allí por la fuerza de la corriente.

Desde la distancia a la que estaban no eran capaces de verla bien, podría ser cualquier cosa: un bulto, un ciervo, un tronco... Quizá si alguien pasaba por el camino no se daría cuenta de su presencia. Ni siquiera ellos habían podido verla antes, sólo la habían visto de pie por unos instantes y luego ya tendida sobre las piedras.

Belbú siguió escrutando con la vista. Y pronto se dio cuenta de que la cabeza miraba hacia ellos, y sin querer se descubrió a sí mismo tratando de buscarle los ojos...

¡Un profundo horror le paralizó! La niña parecía mirarles desde la distancia... como si estuviese espíandoles desde allí abajo. Como si no pudiese moverse, ni gritar, pero sí verlos allí arriba en el puente; y con la mirada tratase de decirles cómo los odiaba, cómo quería devolverles el daño, cómo de repente sentía un tormento intenso en su cabeza... y era por culpa de ellos.

Belbú tuvo que darse la vuelta para no mirarla. Caminó hacia el otro lado del puente mirando hacia ningún sitio, tratando, sin lograrlo, de contener un profundo sentimiento de culpa; y se sentó por un momento. Luego regresó junto a Lufer y le dijo:

—Bajemos...

Los dos amigos comenzaron a buscar un sendero por el que bajar al arroyo desde allí arriba. Se dirigieron a uno de los márgenes del puente y escrutaron ambos lados del camino por un tiempo. La bajada era igual de escarpada y peligrosa por los dos costados. Pero ninguno de los dos iba a

detenerse, y comenzaron a descender por una cuesta llena de hojas secas, que bajaba rápidamente a la zona de bosque que limitaba con el arroyo.

Una vez descendieron hasta el nivel del arroyo, anduvieron un trecho entre los árboles, en paralelo al mismo. El arroyo transcurría a su izquierda y se divisaba de forma intermitente. De vez en cuando, la sombra de los árboles se veía interrumpida por la claridad del terreno despejado del arroyo, y podían ver el lecho del mismo; todo repleto de rocas resplandecientes y de quietas aguas, que brillaban con los intensos rayos solares... Ofreciendo un extraño espectáculo de intermitentes destellos verdes y amarillos, que se quedaban continuamente petrificados en la retina...

Se dirigieron hacia el arroyo y buscaron la mejor forma de penetrar en él, entre inmensos arbustos de juncos y espadañas, y charcos cenagosos.

Belbú iba delante, y se metió en el arroyo por donde más fácil le resultó pasar y se dirigió hacia el centro del mismo. No sabía a qué altura se encontraban, pero no veía a la niña, así que saltó de roca en roca hasta llegar a la línea meridional del arroyo, con el fin de poder mirar hacia ambos lados y tratar de orientarse.

En medio del arroyo Belbú se sentía como más diminuto... Le parecía todo más inmenso... como si no fuese el mismo arroyo que había contemplado antes desde allá arriba. Y se sintió súbitamente acomplejado y agotado por dicho pensamiento...

Lufer venía detrás de él, y cuando llegó a su altura notó enseguida la cara de asombro de su amigo:

—¿Dónde está...? —dijo Belbú con una profunda extrañeza. Y apuntó con su índice a algún sitio situado a escasos pasos de ellos dos.

Lufer miró hacia donde le indicaba y vio la poza de agua verdosa, pero junto a ella no había nadie.

—A lo mejor nos hemos pasado de largo... —dijo.

—¿Acaso no es esa la poza en donde estábamos arrojando las piedras...?.

Lufer creía que sí. Pero allí no estaba la niña, por lo que quizá estaban desorientados. Esa era la explicación más sencilla. Pero era difícil equivocarse... A pesar de que el lecho estaba lleno de

rocas grandes, y de que, de vez en cuando, algún arbusto acuático sobresalía y dificultaba la visión; situados en su centro debía ser bastante fácil divisarlo todo.

Anduvieron un poco en todas las direcciones y miraron por todo el lecho del arroyo en aquella zona. El puente estaba más allá, justo por donde llegaba el sol. Lufer intentaba recordar la visión que tenía desde él y la distancia a la que más o menos debían haber caído las piedras. Y de cualquiera de las formas, llegaba a la conclusión de que estaban junto a la poza correcta... Pero no habían ningún rastro de la niña.

Belbú se encontraba muy ansioso, y no paraba de moverse de un lado a otro con cara de estupefacción.

—¡Maldita sea!, ¡qué es esto, Lufer!

Lufer estaba allí de pie, con la mirada erguida. Tenía uno de los codos en alto y con la mano se agarraba de los cabellos por detrás de su cabeza, mientras miraba a todas partes. Y luego miró a Belbú:

—¿Se habrá levantado y se habrá marchado mientras veníamos?. ¿Será eso posible?

A Belbú el corazón le palpitaba intensamente. Deseaba que las palabras de su amigo fuesen ciertas, y que finalmente nadie hubiese resultado muerto por culpa de su ímpetu insensato.

—Puede que sólo se haya asustado al ver que le arrojábamos una piedra y se haya hecho la muerta —dijo Lufer—. Realmente ella debió vernos a nosotros primero. Puede que se agachara... en el último momento... y evitara el golpe.

Pero los dos habían visto perfectamente que la niña no se había movido en ningún momento. La piedra había golpeado irremediablemente en su cabeza...

—¿Tú lo crees...? ¿Verdad? —le preguntó Belbú.

—Puede ser... —contestó Lufer. Y a continuación hizo una larga pausa.

Belbú entendió que su amigo se estaba esforzando para mentirle y para mentirse a sí mismo. Que trataba de negar la realidad, quizá movido por un sentimiento de compasión hacia él, o de lástima... Y eso aún le turbó más.

—Tampoco vimos a nadie más sobre el lecho del río cuándo bajábamos. Nadie que pudiera habérsela llevado para pedir socorro. —Lufer trataba de auto convencerse y de convencer a Belbú de que lo más sensato era desentenderse de aquello... Era lo que él deseaba—. Ni siquiera hemos encontrado la sangre que debería haberle salido de la cabeza...

Belbú había vuelto junto a la poza, y escrutaba ahora todo su contorno. En una de las piedras del lado más cercano al puente encontró unas manchas oscuras. Se aproximó a ellas, pero no eran rojas... parecían más bien verdosas. Quizá la luz solar intensa y el color verde que reinaba por todos los lados producían ese efecto. Pero lo cierto era que no podía pensar que fuesen manchas de sangre (o al menos eso prefería creer). Ya no era capaz de pensar nada con claridad... y la racionalidad comenzó a abandonarle.

—Lufer, tengo que volver a mirar desde el puente... Quédate aquí...

Lo que Lufer prefería era marcharse. Volver a su casa y no decir nunca a nadie nada de aquello. Prefería creer que la niña se había salvado del golpe o que incluso no había existido. Aun así... Lufer pensó por su amigo... asintió con la cabeza... y se sentó sobre una roca a esperar.

Pronto Belbú desapareció entre los árboles por el margen del arroyo por el que habían llegado y Lufer se quedó solo.

Pasó un tiempo y Lufer no se movió de allí. De vez en cuando miraba hacia el puente, tratando de distinguir en él la silueta de Belbú. Todo lo acontecido le había resultado angustiosamente ilusorio. Aquella niña, que había salido de la nada, y se había ido a colocar justamente adonde iba a caer la piedra. Justo allí, según creían, en donde él estaba ahora mismo. Luego la evidencia... el drama... y luego la desaparición de todo ello... El sentimiento de gravedad, y de culpa... y luego la zozobra interior que ahora sentían.

Y sin embargo, el sentirse aliviado de que no hubiese sido aquella una piedra salida de su mano. “Pobre niño Belbú”, pensó.

Miró una vez más hacia el puente... y volvió a apartar la vista por unos momentos. Inmediatamente escuchó algo parecido a un chasquido, como el partirse de un junco... venía desde algún lugar... más arriba...

Lufer levantó la cabeza, instintivamente, y el sol le deslumbró... Durante unos instantes lo vio todo blanco. Creyó ver la silueta de Belbú en un lateral del puente...

Y a continuación, una dura piedra impactó sobre su frente...

Lufer gritó ahogadamente. ¡Alguien acababa de hacer con él lo mismo que con la niña!

“¡Belbú!”, pensó; y trató de llamarle... La sangre caliente le corría por delante de los ojos... Y, al poco, su cuerpo cayó de costado sobre las rocas. Hasta que se fue sumiendo progresivamente en la oscuridad del dolor, mientras se retorció internamente con impotencia... sin poder decir ni hacer nada...

Un profundo aroma a musgo, árnica y salvia penetró entonces por su nariz, y se sintió como sedado por momentos. Mientras notaba en su frente, yaciente sobre la dura roca, el alarmado palpitar de su corazón.

Luego el sabor amargo de la sangre le llenó la boca... y perdió repentinamente toda sensación.

Belbú no vio a caer a Lufer, sólo vio su cuerpo allá abajo sobre la poza, tendido en el mismo sitio donde había caído el de la niña; y advirtió la mancha de sangre que le cubría ahora la cabeza. Belbú se quedó completamente trastornado y comenzó a llamarle a gritos...

—¡Lufer...! —su voz sonaba atronadora y desconsolada. No sabía si pensar que aquello era una cruel broma de su amigo, o si era la propia realidad la que se estaba riendo de él. Quizá estaba trastornado... o algo peor... Ya no era capaz de razonar nada.

Estuvo así durante unos minutos. Y sin saber cuando lo había decidido, se encontró corriendo por el bosque, cuesta abajo... tropezando con las raíces de los árboles y deslizándose sobre el denso follaje. Sus pies no podían dejar de correr, y su corazón parecía que iba salirse del pecho. Los aromas de la naturaleza penetraban ahora incesantemente por su nariz y por su boca, y le provocaban

un ahogo profundo que le hacía respirar con mucha más dificultad. Pero Belbú sólo pensaba en llegar al arroyo y apenas lo advirtió.

Llegó al margen del río por donde había penetrado con Lufer un rato antes. Y no supo si desear que volviese a suceder lo mismo que entonces o no —apenas fue un pensamiento fugaz...—, pero esta vez sí que encontró algún cuerpo junto a la poza: Lufer estaba allí.

Corrió aparatosamente sobre las rocas y llegó junto a su amigo. No parecía estar muerto, sólo extremadamente dolorido, pues ahora parecía moverse. Belbú tenía lágrimas en los ojos y sollozaba.

Empezó a levantarse un pequeño viento en el arroyo. Los cabellos de Belbú comenzaron a moverse por su cara mientras él se agachaba sobre el cuerpo de su amigo...

—¡Lufer!, ¡no comprendo nada...! ¡Esta vez yo no hice nada...! —gimió dos veces— ¿Cómo ha podido ser...?

Su amigo seguía sin poder levantarse por el dolor. Permanecía en el suelo, enroscado sobre sí mismo y con los ojos cerrados y cubiertos de sangre.

—¡Lufer, yo...! —Belbú se interrumpió súbitamente...

El oído de Belbú se había hecho de repente más agudo, y había comenzado a escuchar cientos de murmullos que parecían venir de todas partes... ¿Eran las piedras que los producían...?, ¿eran las plantas acuáticas...?, ¿los árboles...?, ¿o eran más bien los charcos...? Parecía como si voces de sonidos desconocidos estuviesen discutiendo al unísono en una cacofonía de crujidos, chasquidos, soplidos y gorgoteos.

En los charcos de alrededor, y en la poza, Belbú tuvo la impresión de que multitud de diminutos ojos se asomaban para mirarle.

Ya había notado que alguien más le observaba... Alguien estaba de pie junto a ellos dos... Y se volvió hacia allí...

El sol le cegó momentáneamente, pero lo que empezó siendo una silueta acabó definiéndose por entero... Por un momento creyó estar viendo a la niña... Pero no era eso... Era algo mucho más inquietante... Junto a ellos dos, a escasos dos metros río arriba, una especie de ser de apariencia femenina, con un rostro perturbador, le miraba amenazante...

Belbú notó enseguida que el ser no tenía piernas, sino algo parecido a aletas. Y contuvo un grito de pánico. Era de tez verdosa, y parecía flotar sobre uno de los charcos de agua. No era ningún animal conocido... Era más bien un ser fantasmal... algo que Belbú nunca había visto ni imaginado antes...

Lufel también pudo verlo en ese momento, abriendo los ojos con extrema dificultad por la sangre y por la intensa luz solar que descendía hacía él desde justo detrás del ser.

Belbú miró entonces a la cara de aquello... Unos ojos intensos y que manifestaban angustia, se clavaron en él... Y notó como una piedra le golpeaba fuerte en el estómago. Belbú la cogió con las manos, era plana y negra, y con los vértices como cuchillas... Y luego otra le golpeó en la barbilla... una piedra pesada, que rodó hasta el suelo. Pero a Belbú aquello no le había dolido físicamente. Su cuerpo ni siquiera reaccionó ante las piedras. La realidad, el terror y las heridas psicológicas dolían con más intensidad...

A continuación Belbú le miró de nuevo a los ojos:

“¿Has aprendido la lección...?”. —Fue algo que Belbú sólo escuchó en su cabeza... La voz parecía haber salido de dentro del ser, y era como una voz de hombre, pero muy extraña... y sonaba repleta de amargura, y al mismo tiempo, de compasión.

Belbú se tumbó de costado en el suelo, completamente paralizado, avergonzado y aturdido. Y acto seguido vio como el ser se zambullía en la poza, confundándose de inmediato con el verde del agua. También cesó entonces el viento, y los murmullos, y desaparecieron los diminutos ojos que los observaban desde todos los rincones del arroyo. Y el aroma a hierbas aromáticas se tornó en un intenso olor a humedad y a aguas estancadas...

Y allí se quedaron por un tiempo los dos niños... doloridos sobre el lecho del arroyo... y en un silencio, tan profundo, que convirtió incluso en ruidosa la quietud del bosque y el arroyo.